

cabos, con acento de profunda convicción, — porque no los entierran los otros. — Nada había que objetar á razón tan convincente, y todos se dieron por satisfechos.

Pero lo dicho hasta ahora es nada en comparación de lo que queda por decir. ¡Cuántos hechos más tristes y funestos se llevaron á cabo, y cuán lejos estaría de poner término á mi narración si me empeñara en dar cuenta de la mitad de los que conozco, con conocer solamente una parte insignificante!

En Sutera, pequeño pueblecillo de la provincia de Caltanissetta, había un pelotón del 54 de infantería, mandado por el subteniente Eduardo Cangiano. Al amanecer del día 22 de Junio presentóse en la casa-cuartel un campesino que, presentándose al oficial entre apesumbrado y afanoso, le dijo con ademán suplicante:— ¡Ah, señor oficial, venga usted por compasión, no nos abandone usted!... Ahí cerca, en Campofranco, acaba de aparecer el cólera, la mitad de la gente ha huído, las calles están llenas de cadáveres, no hay médicos, no hay nada, no tenemos qué comer... es una desolación... los que no mueran del cólera, morirán de hambre. ¡Oh, venga usted, venga usted, por Dios! — El pelotón se puso en armas inmediatamente, un aviso al alcalde, un despacho al comandante militar de Caltanissetta, una advertencia al sargento que quedó en el pueblo con algunos soldados, y hacia Campofranco á paso redoblado. Para llegar debía recorrerse un estrecho sendero de poco más de tres kilómetros, que serpenteando se abría por entre los campos. Caía un sol que asaba. Los soldados, bañados en sudor desde el instante en que salieron de su alojamiento, marchaban uno en pos de otro, formando una lengua hilera, prestando atento oído al mísero campesino que con voz entrecortada, é interrumpiéndose á cada paso, pintaba al subteniente el cuadro de amargura que había de ofrecerse á sus ojos en cuanto llegaran al pueblo.— ¡Animo, ánimo!— le decía Cangiano de cuando en cuando.— Con lamentaciones

nada se hace; al presente son hechos lo que se necesita.— Y apresuraba de cada vez más el paso, tanto que acabaron por marchar á la carrera.

Llegados á cierto punto, comenzaron á distinguirse á lo lejos, hombres, mujeres y niños que vagaban por los campos sin dirección determinada, y que mostrándose unos á otros los soldados, se detenían, echaban á correr, huían, se acercaban, se llamaban á voces, se reunían, se dispersaban, como si se vieran perseguidos y se hallaran dominados por el pánico. Al paso que la tropa se acercaba á la aldea, aumentaba el número de los fugitivos, la agitación y la gritería crecían, familias enteras giraban por la campiña llevando consigo sus muebles y enseres, algunos que para descansar habían dejado en el suelo sus míseros trebejos, en cuanto veían á los soldados, cogíanlos de nuevo apresuradamente, y se alejaban á toda prisa, volviendo atrás la despavorida mirada para asegurarse de no ser alcanzados, otros caían rendidos por el cansancio, otros se levantaban y seguían adelante á todo correr, otros más lejanos, volviéndose hacia los soldados, prorrumpían en gritos y ademanes de odio y amenaza.— ¡Ah, señor oficial, —decía el aldeano,— todo esto es nada por lo que nos queda que ver! — No le hace, —respondía Cangiano, — estamos preparados para todo.

Aparecieron las primeras casas de la población, y la desembocadura de la primera calle. Las gentes que iban huyendo, á la vista de los soldados, desistían de su primer propósito y volvían al pueblo corriendo y dando voces, como si se tratara de avisar á los otros del próximo asalto de un enemigo poderoso, en tanto que otros huían á todo correr, campo atravesado, por donde mejor podían. En cuanto se puso el pie en la calle, se vieron dos cadáveres tendidos junto al dintel de la puerta de una casa deshabitada. Unos pasos más, y aquello fué como la señal para que las gentes desaparecieran, y metiéndose en sus casas, cerraran las puertas apresuradamente detrás de

ellas. Chillaban las mujeres, lloraban los chiquillos, y en cuanto á los hombres que en un principio se reunieron y agruparon á toda prisa en el fondo de la calle, emprendieron luego una fuga desordenada.—¡Pronto!—gritó Cangiano,—¡diez soldados que den la vuelta al pueblo y vayan á detener aquella gente!—Separáronse diez soldados del pelotón, y marcharon á la carrera por una calle vecina. Los demás siguieron adelante. La gente atemorizada seguía encerrándose en las casas á toda prisa.

—No queremos hacer mal á nadie,—decía Cangiano en alta voz;—hemos venido á ayudaros, somos vuestros amigos, salid, buenas gentes, salid de vuestras casas.

Bien que con recelo, comenzaban á abrirse algunas puertas y ventanas; algunos se aventuraban á poner los pies en la calle en cuanto habían pasado los soldados; en ellas, junto ó delante de las puertas, veíanse postrados no pocos infelices, extenuados por el hambre, ó atacados por la enfermedad, inmóviles, indiferentes hasta el punto de semejar cadáveres; acá y acullá abandonados junto á las puertas, ó tirados en mitad de la calle los enseres y demás objetos que constituían la mísera hacienda de aquellas gentes, y en todas partes paja esparcida, y deshechos. En todas las callejuelas laterales que salían al campo, uno, dos ó más cadáveres, cuál cubierto de paja, cuál de tierra, cuál con algunos trapos miserables, que difícilmente ocultaban los miembros hinchados y negruzcos, otros se veían echados junto á las puertas, mitad dentro de las casas, mitad fuera de la calle.—¡Mire usted, señor oficial, decía el desolado aldeano,—mire usted, cuánta desgracia!—A todo atenderemos,—contestaba Cangiano.—¡Valor sobre todo!

En aquella sazón la muchedumbre de fugitivos á quienes hicieran retroceder los diez soldados, se dirigía tumultuosamente hacia el oficial.—En formación,—gritó éste á los soldados, que se detuvieron y formaron á través de la calle.

En cuanto á Cangiano esperó á la turba con pie firme. Detuvoése ésta á unos diez pasos de distancia, puso término á su gritería, y quedóse contemplando á los soldados con ademán fiero y receloso. Eran cuantos de ella formaban parte gentes pobres y macilentas, en cuyos rostros pálidos y demacrados se veían las huellas que dejaron los continuados sufrimientos, comprendiéndose perfectamente, contemplando su mirada extraviada y su fisonomía entontecida, que los dolores físicos y morales les tenían reducidos al último extremo, que tanto tenía de cansancio mortal como de salvaje fiereza.

—¡Queremos marcharnos!—gritó una voz en medio de la muchedumbre.

Y todos repitieron lo mismo y comenzaron á moverse.

—¿Y por qué queréis marcharos?—preguntó Cangiano, con voz decidida, pero templada al par con acento de dulzura.—¿Por qué queréis marcharos? Es menester quedarse; ayudarse los unos á los otros; en las desgracias que nos afligen á todos es menester que todos nos auxiliemos; nada hay tan malo como que cada uno piense sólo en sí y para nada se acuerde de los demás... Hemos venido á socorreros, á ayudaros.

—¡Queremos marcharnos!—gritó la turba con voz amenazadora.

Y empujando los de detrás, viéronse los de delante impedidos dos ó tres pasos adelante.

—Haceos atrás,—dijo Cangiano con gran calma.

Y después continuó en voz alta:

—Escuchad mis consejos, creedme, y todo marchará perfectamente. Que las mujeres y los niños vuelvan á vuestras casas, y que los hombres se queden para ayudar á los soldados á enterrar á los muertos.

—¡Nosotros no queremos morir!—clamó desaforadamente la muchedumbre.

Y prorrumpiendo en gritos y juramentos, hízose algunos

pasos atrás en ademán de tomar ventaja para echarse sobre los soldados.

—¿Lo queréis?— gritó entonces el oficial, — pues sea.

Y volviéndose á los soldados mandó:

—¡Preparen,... apunten!...

El pelotón levantó los fusiles en ademán de disparar, y la muchedumbre lanzando un grito de terror, desapareció en un abrir y cerrar de ojos por las calles laterales. Los otros diez soldados se reunieron á los demás.

—Son menester firmeza y valor,— exclamó Cangiano;— es indispensable proceder inmediatamente á sepultar los muertos; que la mitad de la gente recorra la campiña, y me traiga, aun cuando sea á la fuerza, á cuantos pueda coger; los demás que me sigan.

La mitad del pelotón marchó precipitadamente hacia las afueras del pueblo. Los demás comenzaron á recorrerlo en todas direcciones, penetrando en las casas y examinándolo y registrándolo todo en busca de picos, de palas, de azadones, de carretillas, de bancos, de tablas, de todo aquello, en una palabra, que pudiera aprovecharles para colocar los muertos y trasladarlos á lugar apropiado fuera del pueblo. En pocos minutos encontraron todos algo aprovechable para el fin que se proponían, y parte comenzaron á recoger los cadáveres, parte, habiéndose encaminado al cementerio, comenzaron á abrir zanjas á toda prisa, en tanto que algunos se ocupaban en limpiar las calles de la maleza, de los desperdicios y de la porquería que las llenaba.

Entretanto Cangiano, seguido de un soldado, iba en busca de una casa que pudiera servir para hospital, deteniendo al paso á todos cuantos encontraba en su camino, aconsejándoles, exhortándoles, rogándoles, y al propio tiempo animaba á los soldados, daba órdenes é indicaciones, y no escaseaba las palabras para animar á los unos y galardonar á los otros. Dió con la casa; la hizo barrer, llevó á ella las camas encon-

tradas en las casas abandonadas, él mismo en persona, seguido de cuatro soldados, fué recorriendo las casas para suplicar que le permitieran conducir los enfermos al hospital, donde serían asistidos y curados, sin perjuicio de que sus familias fuesen debidamente asistidas. Negábanse á ello, ofrecía dinero, suplicaba, amenazaba; inútil todo. Entonces penetraban en las casas los soldados, y en tanto que dos de ellos se apoderaban de los enfermos, los otros dos, con las armas, tenían á raya á los parientes y á los vecinos. Era por demás frecuente abrirse paso á la fuerza por en medio de las mujeres que cerraban la salida, y no había más remedio que luchar con ellas cuerpo á cuerpo, rechazarlas, derribarlas si era menester.

Tras de no poco tiempo y fatiga no escasa fueron instalados en el hospital bastantes enfermos, á los cuales, en tanto que llegaban de Caltanissetta los socorros que se habían pedido, atendían dos ó tres soldados. Llegó en esto la mitad del pelotón que había salido en persecución de los fugitivos, trayendo una porción de ellos. Cangiano dictó las órdenes oportunas, y distribuyéndolos en grupos, los hizo ocupar en distintos trabajos. Los soldados que acababan de llegar pusieron también, por su parte, manos á la obra, y en muy poco tiempo no quedaba sin sepultar ni uno solo de los cadáveres abandonados en las calles; éstas se hallaban barridas y limpias; prosiguióse la fatigosa tarea de ir en busca de los enfermos, y al cabo, ora con la persuasión, ora empleando la fuerza, y siempre con el ejemplo, consiguíose reunir en el hospital á los más de los atacados. No se oía más que las voces de los soldados que se animaban mutuamente á la tarea, y afanosos corrían de acá para allá.

Las gentes que habían permanecido en el pueblo comenzaban á reunirse, y contemplaban de lejos lo que pasaba, entre sorprendidas y desconfiadas; las que habían salido al campo, regresaban paulatinamente al pueblo, para enterarse de lo que ocurría. Los primeros que llegaron, viendo

que delante de las casas no existían cadáveres, animábanse y se aventuraban á penetrar en la población; algunos comenzaron espontáneamente á limpiar las calles y barrer lo que quedaba en ellas de sucio é inmundo; otros penetraban en las casas; otros se agrupaban en derredor de Cangiano, á quien contemplaban atónitos, sin desplegar los labios, dominados aún por un sentimiento de desconfianza, pero con el espíritu dispuesto á agradecer y á suplicar.

Y en cuanto al valiente Cangiano, sin dejar la ida por la venida para animar á sus soldados, se dirigía de cuando en cuando á los que le seguían, diciéndoles: —Ea, buena gente, id á ayudar á esos pobres muchachos que hace tanto tiempo están trabajando por vosotros, id á llamar á los que se han marchado al campo, trabajemos todos, restablezcamos el orden en el pueblo, volverá el alcalde, volverán los pudientes y os socorrerán, volverán los horneros, volverán los médicos, pronto llegarán socorros de Caltanissetta, ánimo, buenas gentes, trabajemos todos, todos los males tienen remedio, procuremos, pues, remediar esta desventura. Aquí hemos venido para vuestro bien; habéis de persuadirlos de ello, ¿qué habéis de temer de los soldados? ¿No somos todos por ventura del mismo país? ¿No somos acaso vuestros hermanos y vuestros defensores?

A estas palabras siguió un murmullo de aprobación de parte de la plebe; alguno hubo que se separó del grupo y fué á prestar auxilio á los soldados; otros se dirigieron á las afueras para contar á los fugitivos lo que ocurría; otros se dispersaron por las calles; los que se quedaron junto al oficial deshacíanse en súplicas y lamentaciones, diciendo: —¡No tenemos pan!... ¡Tenemos hambre!...— Lo sé, lo sé, buena gente; pero no tengáis cuidado; un poco de paciencia aún, y no faltará pan; haré por vosotros todo cuanto pueda; enviaré á mis soldados á Sutera para que traigan de comer: os daremos cuanto tengamos. Pero entretanto importa trabajar; con-

viene enterrar los muertos, cuidar á los enfermos, ayudarse los unos á los otros.

Y las gentes aquellas comenzaban á manifestar agradecimiento, y después comenzaban de nuevo á lamentarse, á suplicar, á pedir pan.

De pronto llegó corriendo un soldado que pronunció algunas palabras al oído á Cangiano. Quedaba todavía por hacer una prueba de caridad que exigía mayor fortaleza de ánimo, y comprendiendo aquel valiente oficial que importaba hacerlo en secreto, ordenó á los que le seguían que se salieran del pueblo, y fueran á esperar en el camino los auxilios que se esperaban de Caltanissetta, dispuso que le siguieran quince soldados, armados con sus fusiles, y veinte aldeanos con palas y zapapicos, y se dirigió á un extremo de la población.

Existía allí una pequeña capillita abandonada. Detuviéronse delante de la puerta; la empujaron: estaba cerrada. Derribáronla, y tódos al par lanzaron un grito de terror y retrocedieron algunos pasos. En medio de ella, que no era mayor que una habitación ordinaria, veíase un montón constituido por veinte cadáveres putrefactos. —¡Adelante! —gritó el oficial. Los soldados penetraron en el interior de la capilla: los aldeanos retrocedieron aterrados. —¡Adelante! —volvió á gritar Cangiano. No se movieron. Él dió un paso adelante; los campesinos apelaron á la fuga; los soldados se precipitaron en pos de ellos y en breves momentos los alcanzaron y los cogieron. —¡Traedme acá á esos haraganes! —gritaba Cangiano desde el dintel de la puerta. Y los soldados los condujeron de nuevo cogidos del brazo, á empujones, y amenazándoles con hacer uso de sus armas. Mas llegado el momento de entrar, comenzaron á resistir con todas sus fuerzas, como caballos reacios, defendiéndose y gritando desesperadamente cual si se tratara de llevarlos al suplicio. —¡Desenvainar las bayonetas! —gritó desdeñosamente el oficial, cogiendo á uno por la cintura y arrojándolo al interior de la iglesia; los sol-

dados desenvainaron las bayonetas y las levantaron en ademán de hacer uso de ellas.— ¡Adelante, poltrones, ú os las metemos en el cuerpo!— ¡Es que queréis que muramos!— clamaban los campesinos.— ¡Moriremos todos!— respondían los soldados, — ¡pero es indispensable entrar!

Y haciendo un esfuerzo poderoso los empujaron á todos dentro de la iglesia. Comenzó entonces una faena horrenda. Los cadáveres se hallaban en estado de completa descomposición; eran un repugnante amasijo informe y hediondo que no podía cogerse ni levantarse del suelo. Fué preciso hacer pedazos los bancos de la iglesia, introducir las tablas resultantes debajo de los cadáveres, y cogiéndolas por los extremos, levantar al peso aquellos restos fétidos y hediondos, apartando de ellos la vista, porque era tal el aspecto que aquellos cuerpos ofrecían, que no era posible mirarlos. El menor movimiento, la sacudida más insignificante bastaban para que brotara de la boca y de los oídos un líquido asqueroso, repugnante y nauseabundo; una podredumbre verdosa y hedionda, y las negras carnes de los brazos y de las piernas semejaba que iban á caerse en pedazos, desprendidas de los huesos y prestas á disolverse. El oficial dispuso que cuatro soldados fueran á recoger leña y combustible en las pocas casas existentes en las cercanías. Éstos, no hallando otra cosa, apoderáronse de mesas, sillas, tablas, en suma, de cuanto fuera capaz de arder, y fueron amontonándolo todo en un campo existente á corta distancia de la iglesia. Los informes restos fueron conducidos á aquel sitio y arrojados á aquel montón, al cual se aplicó el fuego, y todo ardió. No quedaba en Campofranco un solo cadáver. Más de sesenta se habían quitado de las calles y de las casas, y de la iglesia, entre los quemados y los que fueron enterrados.

En cuanto comenzó á arder aquella pira, regresó Cangiano al centro del pueblo donde continuó infatigablemente la comenzada tarea, hasta tanto que llegó de Caltanissetta un

capitán de la plaza, con buena provisión de alimentos, medicinas y dinero, y con tales elementos recorrió una por una las casas todas de Campofranco, repartiendo limosnas á los pobres, socorros á los enfermos, animando á los amilanados, devolviendo á todos la esperanza y la tranquilidad.

Los fugitivos no tardaron en regresar, reconstituyóse el municipio, cada cual volvió á sus habituales ocupaciones, cambió por completo el aspecto de la población, y Cangiano regresó á Sutera al frente de sus soldados, alabados y bendecidos por aquellos infelices. En Sutera hacía también estragos la epidemia, y en ella siguió Cangiano haciendo verdaderos milagros de caridad y valor. El 11 de Agosto la junta municipal de la ciudad aclamóle unánimemente benemérito del pueblo, y le expresó la gratitud de los vecinos por medio de un documento lleno de afecto y entusiasmo.

¡Ojalá puedan estas pobres páginas hacer que su nombre sea en el corazón de muchos, como lo es en el mío, querido y respetado!

Recordemos otros nombres y otros hechos.

El subteniente Livio Vivaldi mandaba un destacamento del 54 de infantería en Palazzo Adriano. Declaróse el cólera. Huyó el alcalde, huyeron los médicos, los boticarios, los sacerdotes: sólo quedaron los pobres. Vivaldi trabajó por todos y atendió á todo. De día visitaba los enfermos, hacía enterrar á los muertos, atendía á la limpieza y á la desinfección del pueblo; de noche perseguía á los malhechores que infestaban la campiña. En cierta ocasión, la noche del 10 de Julio, en tanto se ocupaba en la distribución de pan en las casas de los pobres, se le dijo que á poca distancia del pueblo se hallaba reunida una gavilla de bandidos. Corrió al cuartel, tomó consigo diez soldados, salió al campo, sorprendió á la banda, atacóla, fué herido, siguió peleando, la puso en fuga, mató al jefe, apoderóse de los demás, regresó al pueblo, y en cuanto